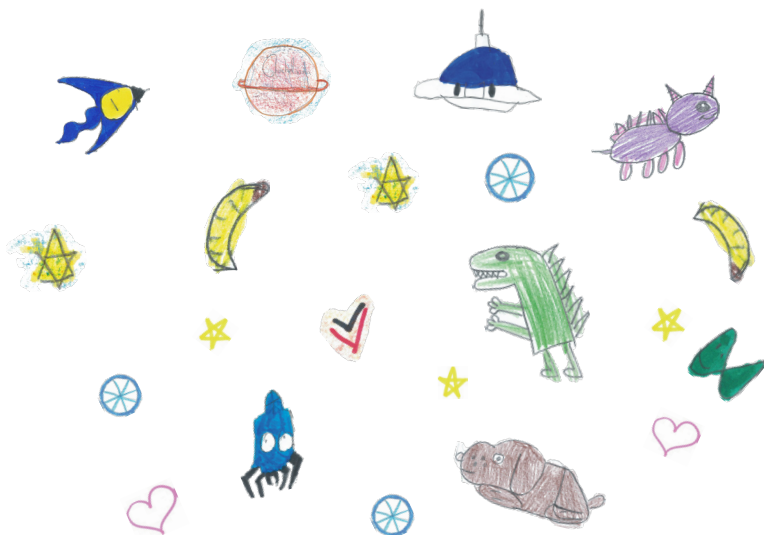


LA NOCHE
EUROPEA DE L@S
INVESTIGADOR@S

MUJERES Y HOMBRES QUE HACEN CIENCIA PARA TI

Cuéntamelo tú

Mercedes Enríquez-Aranda (Ed. lit.)



umaeditorial 
Universidad de Málaga

 Fundación
Unicaja

Cuéntamelo tú

© Mercedes Enríquez-Aranda (Ed. lit.)

© UMA editorial

Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos)

29071 - Málaga

www.umaeditorial.uma.es

Maquetación: Rosana Bazaga Sanz. UMA editorial

ISBN: 978-84-1335-379-1

Impresión: Imagraf impresores

Impreso en España - Printed in Spain

Esta obra también está disponible en formato electrónico.

Esta obra está impresa gracias al patrocinio de la Fundación Unicaja.

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - SinObrasDerivada (cc-by-nc-nd): <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es> Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores. No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivada

ÍNDICE

	Pág.
Introducción	7
Las monedas de Rayo	13
La bicicleta de chicle	19
La piedra de la amistad	25
Los mellizos valientes	31
¿Jugamos en la nieve?	37
Los peluches imaginarios	43
El mono viajero	51



INTRODUCCIÓN

“De la lectura a la creación literaria: la biblioteca escolar como punto de encuentro social” es un proyecto que entiende la biblioteca escolar como un punto de encuentro social donde despertar el interés por la lectura en edades tempranas y continuar con la motivación hacia la creación literaria, incidiendo siempre en valores de convivencia social.

La experiencia “La biblioteca escolar: espacio abierto de formación y generador de valor social” desarrollada en un centro escolar de la provincia de Málaga, CEIP San Agustín (El Burgo), y en otros tres centros escolares de Málaga capital (CEIP Fuente Alegre, CEIP Nuevo Guadaljairé y Colegio Los Olivos) durante el curso 2022-2023 supuso un aprendizaje creativo para profesorado y alumnado con resultados muy alentadores.

En esta experiencia, Engracia Rubio Perea (profesora del Departamento de Filología Española, Italiana, Románica y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de

Málaga) y Mercedes Enríquez-Aranda (profesora del Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Málaga) partieron de sus intereses comunes académicos y personales en torno a las bibliotecas escolares como espacios generadores de valor social y expositores de creación literaria para desarrollar un taller didáctico dirigido a un público infantil. En él se partía de actividades centradas en la descripción de la biblioteca escolar, se desarrollaba posteriormente un cuentacuentos y se finalizaba con una actividad de animación a la lectura. Las actividades diseñadas, así como los cuentos escogidos, fueron fruto de la investigación y de la creación literaria de las dos responsables del taller. Los grupos participantes, pertenecientes a la etapa de Educación Infantil y al primer ciclo de Educación Primaria de los centros escolares previamente indicados, sumaron un total de 303 alumnos y alumnas. En cifras globales, la experiencia resultó de gran impacto y con una excelente valoración por parte de las tutoras de los grupos que participaron a juzgar por las respuestas en las encuestas de satisfacción que completaron al término del taller. Todas consideraron positiva la actividad desarrollada en relación con los hábitos de uso de la biblioteca escolar del alumnado, destacando

específicamente la localización elegida para su desarrollo: las bibliotecas de los centros. En un alto porcentaje (71,4 %), las tutoras consideraron que la actividad pudo contribuir a despertar el interés por la lectura del alumnado y, finalmente, valoraron como excelente la inclusión de actividades como esta como complemento al desarrollo de actividades de animación a la lectura en sus centros (85,7%). Algunos de los comentarios libres que se recabaron en la encuesta incluían palabras como “animación”, “motivadora”, “divirtieran”, “disfrutaran”, “curiosidad”, “interés” o “entusiasmo” y destacaban igualmente el momento elegido para plantearla, un “momento de adquisición de autonomía para leer ellos mismos”.

A partir de esta experiencia y los resultados obtenidos en ella, se diseñó su evolución en las aulas y se implementó durante el curso 2023-2024 el proyecto colaborativo “Leer, imaginar y crear: cuéntamelo tú”.

En este proyecto colaborativo participaron los mismos centros escolares que en la experiencia anterior, pero en esta ocasión el alumnado destinatario fue el alumnado del segundo curso de Educación Primaria. Se propuso el paso de la lectura a la creación literaria de este alumnado en particular dado que sus competencias

de lectoescritura estaban cada vez más afianzadas. La biblioteca escolar volvió a ser el espacio en el que tomó forma este aprendizaje creativo, que apostó por incentivar la convivencia social. En esta ocasión, Mercedes Enríquez-Aranda (profesora del Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Málaga) llevó a cabo un taller didáctico dirigido a un total de 145 alumnos y alumnas. Se partía de una introducción dinámica a las tipologías textuales más consumidas en literatura infantil, se realizaban unas actividades en torno al proceso de creación literaria y se terminaba con una actividad de creación literaria colaborativa. Al igual que en la experiencia anterior, las actividades diseñadas y los cuentos escogidos procedían de la investigación y de la creación literaria de la responsable del taller. El resultado de esta experiencia no se valoró en términos estadísticos; antes bien, se ha dejado a criterio del receptor de este libro proporcionar esa valoración, ya que en las páginas que siguen se muestran los cuentos que cada uno de los grupos de los centros escolares trabajaron de forma colaborativa en clase. Con posterioridad, y con la calma que requiere todo proceso creativo, Mercedes Enríquez-Aranda ha recreado y editado las ideas principales que recogió en las sesiones a

partir de siete binomios fantásticos, adoptando la conocida técnica desarrollada por Gianni Rodari.

“De la lectura a la creación literaria: la biblioteca escolar como punto de encuentro social” se ha integrado en el proyecto europeo de divulgación científica La Noche Europea de l@s Investigador@s, promovido desde 2005 por la Comisión Europea dentro de las acciones Marie Skłodowska-Curie del programa Horizonte Europa. Ha estado presente en las aulas de manera presencial, a lo largo de dos cursos académicos, bajo el nombre La Noche en las Aulas.

Conste aquí el agradecimiento de las investigadoras a los equipos directivos de los centros escolares que han participado en este ilusionante proyecto, así como a todas las tutoras de los grupos tanto por su petición de inclusión en la actividad como por su posterior disposición y amabilidad continua.

Lean y disfruten.

Mercedes Enríquez-Aranda





Las monedas de Rayo





BINOMIO FANTÁSTICO

Hucha y perro

CENTRO ESCOLAR

CEIP San Agustín



Érrese una vez un perro chiquitito y juguetón, de patitas cortas y saltarinas, de color canela y parches blancos en los ojos que le daban el aire de un aviador en tierra. Su pelo, corto y peinado en rizos traviesos, se movía en rítmicas olas a cada carrera. Y, ojo, sus carreras eran continuas. ¡Fium! ¡Fiuumm! ¡Fiuuummm! Corría solo, corría acompañado, corría por la mañana, corría por la tarde. Cuanto más corría, más le gustaba correr. Sus cortas patitas no le permitían mucha velocidad, pero su ilusión le bastaba para imaginarse veloz como un rayo. Y ese era, precisamente, su nombre: Rayo.

Rayo vivía en una granja en la montaña, con su familia y con otras familias de gatos, patos, ovejas y caballos. Veía cómo los gatos

Las monedas de Rayo

trepaban sin temor a los árboles; observaba cómo los patos buceaban en el lago para comer algas e insectos; miraba a las ovejas cómo rumiaban en el pasto exhibiendo sus pelajes de algodón; contemplaba las cabriolas de los caballos en el aire... y soñaba con ahorrar suficiente dinero para comprarse una capa de superhéroe que le hiciera aún más veloz, al menos, a los ojos de otros. Se imaginaba embozado en una capa color turquesa con un rayo amarillo estampado en el centro. ¡Fium! ¡Fiumm! ¡Fiuuummm! ¡Doble fiuummm!

Su familia y sus amigos, conocedores de la ilusión de Rayo, procuraban ayudarlo en su propósito. No había tarea que no le encargaran a cambio de un justo sueldo. Rayo pasaba el día corriendo arriba y abajo en la granja, de recado en recado, y cada vez que finalizaba sus tareas, guardaba las monedas ganadas en su hucha, que cuidaba con mucho mimo.

Una mañana de sol y calor, tras haber repartido el pienso en los comederos de los gatos, Rayo se dispuso a depositar su merecida moneda en la hucha. Se acercó al árbol hueco en cuyo interior escondía la lata. La abrió, introdujo el dinero ganado y la cerró, volviéndola a dejar en su sitio. Estaba a punto de marcharse a otro

recado cuando se detuvo, pensativo. Con las prisas, llevaba varios días sin comprobar cuánto dinero tenía en la hucha. Abrió su tapa, volcó el contenido en la hierba y contó. ¡Eureka! Volvió a contar. ¡Doble eureka! Con las monedas que había ido reuniendo durante el verano, ya tenía para comprarse la anhelada capa. Volvió a meter las monedas en la lata, la cerró y la cogió en su boca por su asidero de metal. Empezó una marcha triunfal de vuelta a la granja; sus cortas patitas desfilaban rítmicamente, al tintineo de las monedas que bailaban en el interior de la hucha. Sus orejitas, espigadas cual antenas, presagiaban los vítores de la granja, mientras no podía dejar de sonreír con el metal entre los dientes.

Como quiera que tenía que pasar por el lago de camino a la granja y el sol era realmente abrasador, decidió darse un chapuzón. A fin de cuentas, no tenía prisa para realizar más recados. Se acercó a la orilla con la hucha aún en la boca. Quería probar el agua antes. Metió su patita izquierda en el agua y la sintió fresquita y cautivadora... Tan cautivadora que olvidó que tenía su hucha aún en la boca y se zambulló en el agua del tirón. ¡Chap! ¡Chap, chap! ¡Chap, chap, chap! Rayo pasó unos minutos chapoteando en el agua, complacido e ingenuo. Cuando salió del agua, se sacudió

Las monedas de Rayo

sus rizos color canela y se miró en el espejo del lago. La sonrisa se desdibujó poco a poco, conforme sus ojillos oscuros y parcheados divisaron el brillo de la lata desvaneciéndose lentamente hacia el fondo del lago.

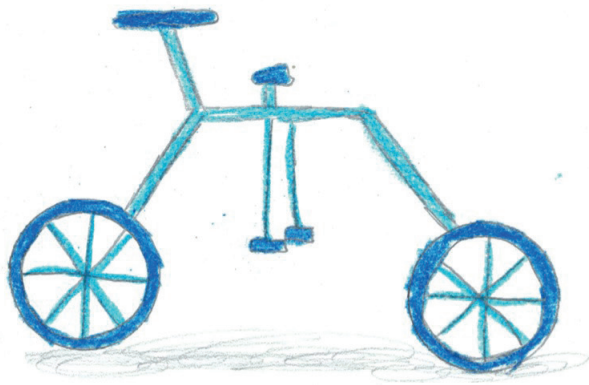
El tiempo, quizás conocedor del desafortunado suceso, se nubló súbitamente. Comenzó a soplar un viento frío que heló aún más el ánimo de Rayo quien, por primera vez desde que se puso en pie siendo un cachorrito, no podía moverse del sitio. ¡Auuu! ¡Auuu, auuu! ¡Auuu, auuu, auuuuuu! Rayo aulló su pérdida, su frío, su desconsuelo, su tristeza. Aulló su voluntariosa entrega, recado tras recado. Aulló sus múltiples caminos de ida y vuelta, rebosantes de ilusión, al hueco del árbol. Aulló una capa que nunca tendría.

Tan perdido estaba en sus aullidos que no se dio cuenta de que su amiga Dara, perrita pizpireta y aventurera, estaba a su lado, atraída por los lamentos de Rayo. Poco le costó comprender lo ocurrido. La mirada lastimera de su amigo hablaba por sí sola. Sin mediar ladrido, Dara salió corriendo en dirección a la granja. Rayo, tiritando de frío, se hizo un ovillo y se tumbó en la orilla. De sus ojillos cerrados salían lágrimas tristes cuando Dara volvió. ¿O no era Dara? Resultaba difícil reconocerla bajo su máscara de buceo y su tubo. Antes

de que Rayo pudiera reaccionar, Dara ya estaba en el agua, buceando hacia el fondo, en busca del tesoro de su amigo. Rayo dejó de tiritar. Se puso de nuevo en pie, alerta. Pasaron unos segundos eternos. Muy largos. Muy muy largos. Rayo concentró la vista, aguzó el oído. Parecía que veía algo, parecía que escuchaba algo. ¡Sí! Dara subía a la superficie, como experta buceadora, con la hucha de su amigo en su patita derecha. Salió ganadora, sublime, satisfecha por su aventura y, sobre todo, feliz por su amigo Rayo, que pronto podría correr con su capa al viento.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y que levante la mano a quien le haya gustado.

La Bicicleta De chicle



La bicicleta de chicle

BINOMIO FANTÁSTICO

Chicle y bicicleta

CENTRO ESCOLAR

CEIP Fuente Alegre



Hace mucho tiempo, en una ciudad ribereña de largos veranos y cortos inviernos, las fuertes bicicletas de acero paseaban junto a las ligeras bicicletas de aluminio y las duraderas bicicletas de carbono. Las bicicletas de acero cargaban sin gran trabajo mochilas, alforjas y paquetes de todos los tamaños y pesos; las bicicletas de aluminio subían y bajaban las pendientes raudas como el viento; las bicicletas de carbono daban pedales desde el amanecer hasta la puesta del sol, frescas todo el día. Cada una dibujaba su propio cuadro gris de esfuerzo y velocidad. El río las veía deambular por sus orillas: lentas, rápidas, ligeras, pesadas, grandes, pequeñas... Todas en perfecta armonía de movimientos. Unas crujían sus piñones y platos en los cambios de

La bicicleta de chicle

marcha; otras rechinaban sus frenos en los discos. Todas en perfecta armonía de sonidos, colaborando en la creación de una banda sonora única y repetitiva.

Nada parecía perturbar el día a día de la ciudad. ¿Nada? ♪Rin, rin♪ ♪Rin, rin, rin♪ ♪Rin♪ Un nuevo sonido irrumpió en el concierto, diferente y cambiante. El río se detuvo, extrañado, intentando ver entre sus aguas, peces, algas e insectos qué generaba ese nuevo ruido. Las bicicletas, sin embargo, concentradas en sus quehaceres, no detuvieron su marcha, pero sus manillares dubitativos se miraban al cruzarse, intentando descifrar en los puños contrarios una pista sobre esta nueva musicalidad. Poco tardó el río en volver a correr, con su boca tan abierta que los pececillos tuvieron que agarrarse fuertemente a las algas con sus aletas para no ser engullidos de sopetón. Las bicicletas fueron cuchicheando entre neumáticos conforme divisaban el origen del desconcierto, sin pararse, pero aminorando velocidades. En un plis plas, la ciudad ribereña de largos veranos y cortos inviernos enfrentaba el *shock* de lo desconocido.

Y hela ahí, flamante, radiante, resplandeciente... Ejem, ejem... Brincante, rebotante, retozante... Ejem, ejem... Esponjosa, fofita,

mullidita... Una bicicleta de chicle azul como el cielo se abría paso, o, mejor dicho, saltaba a cada paso que daba por el carril bici que se ondulaba paralelo al cauce del río. Cada bote suyo despertaba una nueva nota musical que se unía en gozosa algarabía al resto y subía, corchea a corchea, hasta el cielo, no sin asustar ciertamente a los pajarillos que se encontraba en su camino vertical. Ajena a la conmoción que su presencia y su sonido causaban, la bicicleta de chicle azul disfrutaba de su paseo, gozosa.

Las reacciones no se hicieron esperar. Superada la sorpresa inicial, las bicicletas, de acero, de aluminio y de carbono, empezaron a juzgar a la nueva compañera de caminos. Unas se sentían fascinadas por su pastosidad, diferente a tanta rigidez de cuadros. Otras, por el contrario, sentían desagrado por ese color azul que rompía con su tradicional monocromía gris. Mientras las primeras comenzaron a mover sus horquillas en señal de saludo cuando se cruzaban con la bicicleta de chicle azul, las segundas intentaban sacarla del carril para que cayera al río, a veces disimuladamente, otras veces descaradamente. El río cerró su boca, no fuera a ser que en uno de los intentos, el sabotaje prosperara y tuviera que tragarse a ese volumen viscoso en forma de bicicleta. ¡Puaj!

La bicicleta de chicle

Y siguió corriendo, ante el alivio de los pececillos asidos a las algas, que pudieron estirar sus aletas al fin.

La bicicleta de chicle azul, que consideró accidentales los primeros empujones, se percató de la intencionalidad de los segundos, y de los terceros, y de los cuartos. Para cuando llegaron los quintos empujones, ella ya estaba preparada. En una potente embestida de tres bicicletas juntas, la bicicleta de chicle azul no se movió del sitio. Detuvo su marcha saltarina y su sintonía jovial una milésima de segundo antes del choque y se quedó pegadita al suelo. Las bicicletas atacantes rebotaron sobre ella y comenzaron su vuelo en picado hacia el río. Las bicicletas de acero y aluminio ya veían sus cuadros oxidarse, la bicicleta de carbono anticipaba una rotura total y la bicicleta de chicle azul, que ni se oxidaba ni se rompía, se despegó del carril y se lanzó botando por la ladera en dirección al río. Con la boca muy cerrada, el río esperaba el desenlace, que resultó en una escena increíble por inesperada: una pompa gigante de chicle azul navegaba río abajo con tres bicicletas en su interior, secas e intactas. El río, admirado por la valentía y bondad de la bicicleta de chicle azul, desaceleró su corriente para facilitar el desembarco de la pompa y sus pasajeros.

Una vez en la orilla, la bicicleta de chicle azul recuperó su forma original y volvió al carril bici, continuando su bullicio de movimientos y sonidos, al que se fueron uniendo el resto de bicicletas, poco a poco, conforme la historia de lo allí sucedido se fue pasando, de manillar en manillar, hasta que la ciudad ribereña de largos veranos y cortos inviernos se llenó de cuadros de colores y entonó cada día una nueva canción.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y el que no se levante se queda pegado.





La piedra de la amistad

BINOMIO FANTÁSTICO

Piedra y ordenador



CENTRO ESCOLAR

CEIP Nuevo Guadaljair

Hace mucho tiempo, en un pequeño piso de una gran ciudad, una luz azul brillante no cesaba su parpadeo tras la ventana de un dormitorio. Era una ventana más de un alto bloque con cientos de ellas, pero era la única en la que, sistemáticamente, la misma luz azul brillaba todas las noches a la misma hora durante el mismo tiempo. Justo el tiempo que un niño de pelo rojo como el rubí se dedicaba a jugar a su videojuego favorito en el ordenador. Eran las vacaciones de verano. ¡Yupi! Tenía más tiempo y más posibilidades de alcanzar la Piedra Colosal, meta última del videojuego que, tras mucho insistir y muchos ojitos de gato lastimeros, consiguió que le regalaran por su cumpleaños.

La piedra de la amistad

En el videojuego su avatar era Cosmar, un muchacho con pelo rojo como el rubí y con nueve años y medio, justos. Le gustaba mantener su personalidad en la dimensión digital, paralela a la real. Era un niño intrépido y disfrutón, muy ingenioso y perseverante. Estas cualidades le hacían comprender el mundo de una forma particular y en la dimensión física no terminaba de encontrar amistades que lo complementaran. En el entorno virtual, sin embargo, él era su único mundo. Afrontaba los retos que el videojuego le planteaba sin pestañear: desde escalar montañas de nieves perpetuas con yetis acechantes, hasta bucear en su submarino monoplace por fosas abisales plagadas de espeluznantes criaturas marinas, pasando por teletransportarse a otras galaxias cruzando portales de nebulas cósmicas. Pero, por más que superaba niveles en la búsqueda de la Piedra Colosal, siempre terminaba en el nivel de partida. Un yeti lo lanzaba por los aires montaña abajo, un calamar gigante le daba un abrazo letal o un puercoespín galáctico lo recibía con un aluvión de púas de níquel. Una y otra vez, una y otra vez... hasta que un día, la casualidad hizo que, intentando detener la caída del vaso de agua sobre el teclado que el paseo imprevisto de su gato había provocado, desbloqueara

la función de multijugador y, antes de que pudiera cancelarla, el piloto verde indicaba que había otra persona más en línea. Se paralizó, expectante. Solo pasaron cinco segundos, pero bien pudieran haber sido dos años para Cosmar, cuando ya tenía una invitación al juego. Uyuyui... Nunca antes había jugado con nadie; se lo tenían terminantemente prohibido. En el universo virtual de los videojuegos, las identidades no eran siempre lo que aparentaban. Lo pensó, no mucho, pero lo pensó. Y le pudo su afán por la aventura. ¿Qué hay de malo en probar una vez, una sola vez? Allá vamos. Eso sí, tenía que dejar claras sus intenciones: jugaba, única y exclusivamente, para encontrar la Piedra Colosal. No tardó en obtener respuesta. También procedía de alguien con sus intenciones muy claras: jugaba, única y exclusivamente, para pasar un buen rato, sin importar el desenlace. Silencio virtual. Respuestas simultáneas: “OK”. Así se creó la alianza de objetivo-diversión que llevo a Cosmar y a Niasi, que se identificaba con un avatar de niña con pelo negro como el ónix y de diez años recién cumplidos, a recorrer juntos diferentes dimensiones.

No fue esta la única ocasión. La capacidad de disfrute de ambos y su constancia compartida sumaron noches y noches de

La piedra de la amistad

arriesgadas aventuras con inteligentes estrategias. El control parental del videojuego, a veces únicamente virtual, muchas otras veces también presencial, les permitió superar niveles de los más variopintos en busca de la Piedra Colosal. Ya casi a punto de finalizar las vacaciones, se encontraban en una playa paradisíaca de corales multicolores y familias de peces loro de tres picos cuando, intentando zafarse del ataque de damiselas malhumoradas, Niasi detectó un objeto sólido bajo sus pies. Cosmar pasó rápidamente a escanearlo con su visor acuático. ¡Bingo! No había precedentes, ni en tamaño, ni en composición. Las probabilidades de que se tratara de la Piedra Colosal eran muy altas. Sobreexcitados, bucearon juntos y, usando la red de titanio que habían logrado ganar como herramienta en expediciones anteriores, lograron sacar el peñasco del fondo marino. Su tamaño superaba los dos metros: era brillante y amarilla, muy amarilla, como el oro, con forma de... ¿corazón? La depositaron en la playa y guardaron la red. Solo cuando ambos pusieron sus manos sobre la piedra, esta comenzó a temblar. Antes de que les diera tiempo a reaccionar, la piedra comenzó a cuartearse en pequeños trozos del metal preciado que desarrollaron alas de diamantes, y salieron volando. Cosmar y Niasi,

perplejos, comprendieron que era la Piedra Colosal solo cuando sus marcadores se dispararon y el videojuego les anunció que, en su siguiente versión, a la venta en unos meses, podrían formar parte del AEPPD, o sea, el Aguerrido Equipo Protector de las Piedras Diamantinas. Bueno, eso sería para más adelante. Ahora tocaba apagar los ordenadores y quedar para celebrar su victoria conjunta, por ejemplo, ¿qué tal un helado de nube mañana por la tarde? Eso sí, un helado real, que el virtual no tiene sabor alguno.

Y colorín colorado, este cuento tan chulo se ha acabado.





Los mellizos valientes



BINOMIO FANTÁSTICO

Calcetines y acuario

CENTRO ESCOLAR

Colegio Los Olivos



“Cuenta la leyenda que el mundo tal como lo conocemos hoy en día estuvo a punto de desaparecer, pero fue salvado por dos mellizos valientes que se enfrentaron a las poderosas mandíbulas de uno de los depredadores más grandes de la historia, el...”.

–¡Chist, Choki! Te estás adelantando. Si cuentas el final justo al principio, ¿qué historia vamos a crear? Nadie va a querer seguir leyendo –le advirtió Clisi a su hermano mellizo.

Choki se había quedado mudo, con la boca cerrada a punto de explotar en una palabra que pedía salir a borbotones junto al resto de la aventura. Inspiró profundamente y se rindió.

–Vale, vale. Me callo. Pero no me digas que no era un comienzo fascinante –matizó Choki, con su barbilla en alto, en actitud triunfante, sintiéndose verdaderamente inspirado.

Los mellizos valientes

Clisi levantó la cabeza del papel y lo miró. Suspiró. Sonrió levemente. Admitía que su hermano la sacaba de sus casillas en muchas ocasiones, pero siempre conseguía hacerla reír.

–Venga. Si queremos tener el cuento listo para presentarlo al concurso del acuario, tenemos que darnos prisa. Hay que enviarlo ya. Creo que los dos queremos las entradas gratis para dormir allí, ¿no? –preguntó Clisi, casi sentenciando.

Choki se desinfló. En el fondo, sabía que Clisi tenía razón: ella era la voz de la conciencia y él era... él. Formaban un buen equipo.

Se pusieron manos a la obra. Choki sentado en la cama con los dedos jugueteando con las páginas de un libro de bolsillo de fauna marina mientras miraba por la ventana para invocar a la musa. Clisi sentada en el escritorio, equipada de papel DIN A4 en blanco, bolígrafo de tinta borrable azul y diccionario básico de la lengua española, todo dentro de un perfecto rectángulo imaginario de trabajo.

“Cuenta la leyenda que el mundo tal como lo conocemos hoy en día estuvo a punto de desaparecer. Todo comenzó una tranquila mañana de verano. El sol lucía en el cielo y los escasos cúmulos moteaban de algodón el...”.

–¡Buf! –emitió Choki sin intención alguna. Definitivamente, su boca iba por libre.

–¿Qué? Si tienes algo que decir, dilo –inquirió Clisi, medio molesta, medio intrigada.

–A ver... Tampoco nadie va a querer leer el cuento si no se entera de lo que dice... ¿no? –preguntó en tono intencionadamente casual Choki.

Clisi miró el diccionario, cerró los ojos y leyó “cúmulos” en su mente, mientras visualizaba los borreguitos de algodón del cielo.

–De acuerdo –accedió Clisi, muy a su pesar. Todo entre ellos siempre era un juego de delicados equilibrios. A veces las cesiones no eran tan fáciles, pero otras veces había que pensar en el bien mayor, y esa acampada en el acuario que se jugaban con el cuento era un bien común muy muy grande.

“Cuenta la leyenda que el mundo tal como lo conocemos hoy en día estuvo a punto de desaparecer. Un día de verano, los hermanos mellizos Clisi y Choki estaban visitando el acuario junto a su mascota, un pez oranda pequeño, curioso y coqueto, al que le gustaba especialmente presumir de su capuchón naranja, del que se sentía muy orgulloso. Desde la pecera portátil, el pez oranda podía observar a todas las especies del acuario, más de quinientas, y entablar divertidas conversaciones con algunas de ellas, mientras Clisi y Choki les daban de comer. La ballena jorobada, con su canto incesante, o el pez

Los mellizos valientes

globo, que se hinchaba ya solo para desperezarse, eran los más interesantes. Nunca les faltaba una batallita que compartir de sus tiempos en alta mar. Pero aquel día, todo el mundo estaba reunido en torno a un tanque muy especial, aquel que cobijaba a la nueva estrella del acuario: el temible megalodón. Los mellizos Clisi y Choki decidieron ir a conocerlo, pese a las advertencias del pingüino azul que, desde la llegada del megalodón al acuario, no se atrevía a asomar su pico fuera del agua. Ciertamente, el megalodón era impresionante, no solo por su tamaño, sino también y sobre todo por sus malas pulgas. En efecto, cuando los mellizos llegaron a la sala, descubrieron a un megalodón que no paraba de golpear el tanque con su cola mientras enseñaba sus poderosas mandíbulas en cada impacto. En una de esas sacudidas, dos gotas de agua salieron del tanque con tal precisión que fueron a parar, exactamente, a sendos calcetines, uno de Clisi y otro de Choki. Los mellizos, al notar el agua en sus calcetines, desviaron sus miradas del tanque y, en ese preciso instante, ¡bum!, el megalodón saltó fuera de la urna, se comió al pez oranda, se comió a los mellizos Clisi y Choky, se comió a las quinientas especies del acuario, se comió el mundo entero y desde entonces solo existe una galaxia, la Galaxia Megalodonia, con forma de megalodón y rodeada siempre de agua flotante. Y colorín colorete, por la chimenea salió un cohete”.

–Ni tan bien –expresó satisfecho Choki.

–¡Uf! Pues yo no lo veo –dudó Clisi, mordisqueando la punta del boli–. Creo que un superhéroe no vendría nada mal en la historia. Es como muy dramática, ¿no?

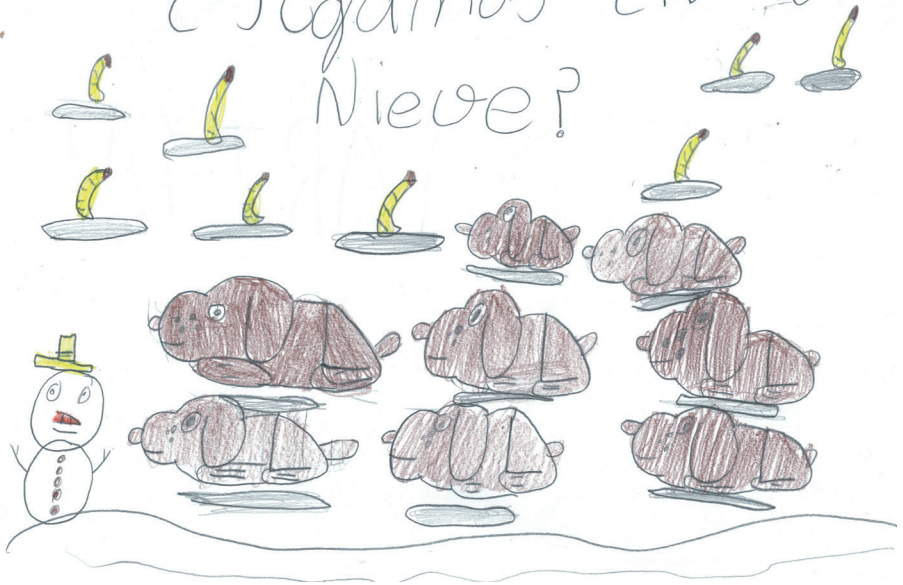
–¡Tch! A ver... –respondió Choki.

–Sigamos desde “se comió el mundo entero. Punto y seguido” –aventuró Clisi.

“[...] y se comió el mundo entero [punto y seguido]. Pero lo que el megalodón no sabía es que había mordido en hueso. En su interior estaba nada más y nada menos que Superoranda, el pez oranda de Clisi y Choki, que lejos de ser un pez goldfish al uso, tenía en su capuchón naranja la fuerza del rayo desintegrador de maleantes. Cerrando sus ojitos en un esfuerzo *sobrepecil*, concentró la potencia de su rayo en la desintegración del malvado megalodón y todos aquellos que fueron comidos por él volvieron a sus casas, incluidos Clisi y Choki, que nada más llegar a su habitación tendieron los calcetines mojados por el megalodón antes de dar de comer a su mascota heroína. Y colorín colorete, por la chimenea salió un cohete”.

–¡Ni tan bien! –exclamaron los mellizos al unísono–. Este sí que es un cuento ganador.

¿Jugamos en la Nieve?



¿Jugamos en la nieve?



BINOMIO FANTÁSTICO

Libro y nieve

CENTRO ESCOLAR

Colegio Los Olivos



Érase una vez y mentira no es, un Planeta Eternamente Cubierto de Nieve. Era un planeta enano, al que se llegaba tomando el Tercer Corredor Galáctico, girando a la izquierda por detrás de la Estrella con Forma de Sapo y cruzando a través del Cinturón de Asteroides de Risa Floja. *Et voilà!* Nuestro Planeta Eternamente Cubierto de Nieve resplandecía cual polo flash helado. Era redondito y chiquitito, muy mono él, pero algo lo afeaba. Lo cruzaba, como un coiletero apretado, una línea negra de polvo estelar que lo dividía en dos mitades simétricas: la de la izquierda, plagada de motitas rechonchas marrones, y la de la derecha, plagada de motitas alargadas amarillas. Todas las motitas permanecían en sus respectivas mitades pero, cuando las motitas

¿Jugamos en la nieve?

rechonchas marrones se aproximaban a la mitad contraria, o cuando las motitas alargadas amarillas hacían lo propio con la otra mitad, se formaban torbellinos de nieve en polvo que subían en espiral durante unos minutos espaciales eternos para luego descender abruptamente y desaparecer. Tras estas explosiones, las motitas rechonchas marrones y las motitas alargadas amarillas seguían sus movimientos rutinarios en sus respectivas mitades, como si nada.

Durante años, más años y muuuuchos más años espaciales, las explosiones de nieve se venían repitiendo con una cadencia pausada. ¿Quizás cuatrocientas mil trescientas cincuenta y una explosiones al año espacial? Explosión arriba, explosión abajo. Pero en los últimos días espaciales, el número de explosiones era incontable. Se veían más torbellinos de nieve en polvo que línea negra de polvo estelar. Y es que los habitantes del Planeta Eternamente Cubierto de Nieve ya no se aguantaban más.

Desde que el Planeta Eternamente Cubierto de Nieve era apenas un planeta recién nacido, siempre había estado habitado por perros y bananas. Marrones aquellos, amarillas estas. Rechonchos aquellos, alargadas estas. Perros y bananas convivían en paz, sin más objetivo que divertirse y volver a divertirse. Que si ahora hago un

muñeco de nieve con tres narices de mocos verdes pegajosos; que si en un ratito comienzo una batalla de bolas de nieve cuadradas; que si me tiro en trineo de espaldas colina abajo; que si patino en el lago helado con los pies hacia arriba... ¡Yujuuu!, ¡Chachi! y ¡Toma ya! eran las expresiones más repetidas. Perros y bananas conseguían sus objetivos de diversión todos los días. Y la vida transcurría divertidamente en el planeta, sin línea negra de polvo estelar ni explosiones.

Pero un día de no se sabe cuándo los gritos de alegría y regocijo se tornaron en pedorretas, malas caras, quejas y lloros por doquier, marrones y amarillos. Que si me has pegado en la cara los mocos verdes del muñeco de nieve; que si has empezado a lanzar antes de la señal tu bola de nieve cuadrada y me ha dado de lleno en el ojo; que si te has tirado de frente con el trineo; que si me has empujado adrede mientras patinaba en el lago... Y así, hasta el infinito inimaginable.

El mal rollo entre perros y bananas era tan malo y tan rollo que la única solución que encontraron fue la división del Planeta Eternamente Cubierto de Nieve en dos mitades simétricas, y usaron para ello la banda de polvo estelar que la Luna utilizaba para desmaquillarse y que les cedió con agrado, harta de tanto griterío

¿Jugamos en la nieve?

galáctico. Desde entonces, la mitad de la izquierda estaba habitada por los perros y en la mitad de la derecha vivían las bananas. Cuando algún perro, adrede o por equivocación, cruzaba la línea... ¡Bum! Explosión al canto. Cuando alguna banana, por equivocación o adrede, cruzaba la línea... ¡Bum! Explosión tras explosión. Y así hasta que, perro o banana, banana o perro, volvían a sus respectivas mitades. Y vuelta a empezar.

Pero otro día de no se sabe cuándo, una minibananita, la banana más pequeña jamás vista, cansada de que el polvo estelar se le metiera en los ojos y le provocara conjuntivitis en cada explosión, ideó un plan. Reunió a todas las bananas de la mitad derecha y les dijo que los perros de la mitad izquierda habían pedido una tregua. Para ratificarla, todas las bananas tenían que ir al centro del coiletero negro. Las bananas, que no tenían otra cosa mejor que hacer y que, además, eran muy curiosas, siguieron a la minibananita. Cuando llegaron a la banda, encabezadas por la minibananita, vieron cómo una nube de nieve se acercaba a ellas a velocidad supersónica. Eran los perros corriendo, que digo corriendo, casi volando, enseñando colmillos y ladrando amenazadoramente. La jauría frenó en seco justo en el límite del coiletero, miraron fijamente a las bananas y se

prepararon para las explosiones. A las bananas, que estaban a punto del soponcio, les temblaban todas las fibras bajo la piel.

En esto que la minibananita, sin tembleque alguno, levantó su mano izquierda, con la palma extendida. Era tal la templanza de la diminuta pieza de fruta, que los perros abandonaron sus gruñidos y torcieron sus cabezas, en plan cotilla. Se hizo un silencio sepulcral. Ni una mota de polvo estelar se movía. Perros intrigados, bananas temblorosas. La minibananita, con la mano que tenía libre, buscó en su bolsillo derecho. Tardó un poco en encontrar lo que buscaba pero, cuando lo logró, sacó su lengüecilla y respiró sonoramente. Su mano derecha alzó un megalibro, tan grande que doblaba el tamaño de la banana más grande de todas. Lo abrió y leyó en voz alta las palabras que se encontraban escritas en su primera y única página:

–Según las normas de convivencia del Planeta Eternamente Cubierto de Nieve, los perros y las bananas no se pueden pelear.

Los perros miraron a las bananas y las bananas miraron a los perros. “¡Haberlo dicho antes!”, pensaron todos. Y devolvieron la banda de polvo estelar a la Luna.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y el que no se levante se queda pegado.

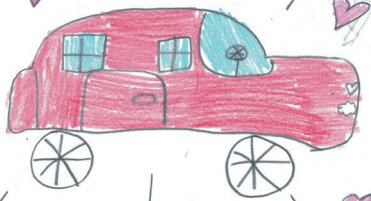
Neca



Neco



Coche



Peluches

Oso



Pezzo



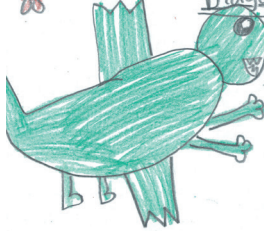
Gato



Unicornio



Dragon



Dinosaurio



Zoo Tigre



Los peluches imaginarios



BINOMIO FANTÁSTICO

Coche y peluche

CENTRO ESCOLAR

Colegio Los Olivos



Érase una vez y mentira no es, una casa, un coche, una niña y un niño.

La casa era grande, de tres plantas y buhardilla bajo un techo de tejas multicolores, con un jardín frontal lleno de enanos ornamentales regando plantas, jugando al tenis y descolgándose por la buganvilla de la fachada y con un jardín trasero presidido por una casita de madera colgada del árbol centenario que vigilaba con mirada plácida la zona de juegos, con un par de columpios elásticos, un balancín de siete metros y una cama elástica en la que, si saltabas muy muy alto, casi podías entrar en la casa del árbol por la ventana.

Los peluches imaginarios

El coche era también grande, rojo bermellón y de dos plantas con techo solar abatible. La energía de la luz del sol mantenía el jacuzzi de la segunda planta justo a la temperatura adecuada y permitía conexión directa con los canales de televisión interestelares mientras disfrutabas del relajante baño. A veces, incluso, se podían ver los partidos de pelota marciana. La primera planta contaba con una zona de juegos electrónicos y una biblioteca. El sistema inteligente integrado del coche, que controlaba a la perfección el GPS de conducción automática, también servía los *snacks* en bandejas de golosinas.

Neca y Neco no eran grandes; tampoco eran pequeños; estaban en el percentil de crecimiento medio para su edad. Neca era rubia, de ojos marrones y cara pecosita. Tenía siempre su pelo largo y liso recogido en una coleta trasera que movía circularmente con sus dedos cada vez que se ponía nerviosa. Llevaba gafas de pasta transparente y recién estrenados *brackets* de colores. Neco era castaño y de ojos marrones, de tez muy morena. También llevaba su pelo largo y ondulado recogido en una coleta trasera, pero un poco más alta que la de Neca, y solía peinársela en un moño,

para que no le estorbara cuando se movía, que era las más de las veces. Llevaba deportivas ortopédicas supermolonas que le hacían aparentar unos centímetros más alto y que, según parece, le daban un extra de velocidad en las carreras.

De todos los juegos y todas las aventuras que Neca y Neco podían vivir e imaginarse diariamente entre la casa y el coche, su preferida era, sin lugar a dudas, pasar tiempo con sus peluches. Como la casa y el coche eran grandes, los peluches eran... grandes, medianos y pequeños. Desde un peluche microscópico que solía perderse en las flores de la buganvilla, hasta un peluche enorme que daba sombra al árbol del jardín trasero. Cientos y cientos de peluches cabían en el sótano de la casa, donde dormían y en el que tenían su guarida comunitaria. Tigres, leones, gatos, perros, pingüinos, morsas, cigüeñas, periquitos... Todos se divertían con Neca y Neco dentro y fuera de la casa. No había sonido que no fuera alegre o llanto que no se acabara pronto. La diversión no parecía tener fin.

–¡Ay! –se escuchó un suspiro.

–¡Ay! –otro suspiro más.

Los peluches imaginarios

–¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! –los suspiros se estaban contagiando.

Pronto, Neca y Neco estaban rodeados de suspiros en bocadillos de cómic que los apretujaban.

–¿Qué os pasa? –preguntaron a sus peluches mientras intentaban hacerse hueco entre los suspiros.

–Estamos aburridos de jugar con peluches de animales reales –explicó la tortuga de cuello largo.

??
?? ?? ?? ?? ?? ?? ?? ?? ??

Saltaron las alarmas: la de la casa, la del coche y las que los niños llevaban integradas en sus gafas y sus deportivas.

PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ
PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ PÍPÍPÍ

Se había identificado el sonido de una palabra de la familia del “a-b-u-r-r-i-m-i-e-n-t-o”. Plan de salvamento de urgencia en marcha. La casa sacó sus seis brazos mecánicos extensores y cogió en sus manos de nueve dedos a todos los peluches, mientras Neca y Neco eran transportados por la alfombra automática del patio trasero a la puerta del coche, que los esperaba

a todos, con su techo abatible abierto y el jacuzzi templadito. El GPS introdujo las coordenadas almacenadas para casos de extremo aburrimiento peluchero, conocidas como “Coordenadas para casos de extremo aburrimiento peluchero”. Y en cinco nanosegundos, en los que les dio tiempo a darse un baño relajante, comer un par de paquetes de patatas fritas y echar una partida de parchís, llegaron a las puertas del Zoo de Peluches de Animales Imaginarios. Una vez dentro, no sin un “Ooohhhh” y un “Aaahhhh” y un “¡Bien!” de nuestros peluches de animales reales, todos se pusieron a jugar con sus nuevos compañeros: un dragón alado que escupía hielo en forma de cubitos para los refrescos, un unicornio de dos cuernos que a veces pinchaban a veces daban besos, un dinosaurio que escribía por todos lados las tablas de multiplicar de memoria, bueno, menos la del 6, que se le resistía un poco...

Pasaron horas y horas jugando hasta que el agua del jacuzzi del coche rojo ya estaba completamente fría. Era hora de irse a casa. Cuando llegó el momento de las despedidas, comenzaron las quejas y los lamentos.

Los peluches imaginarios

Y aquí es donde tú eliges el final:

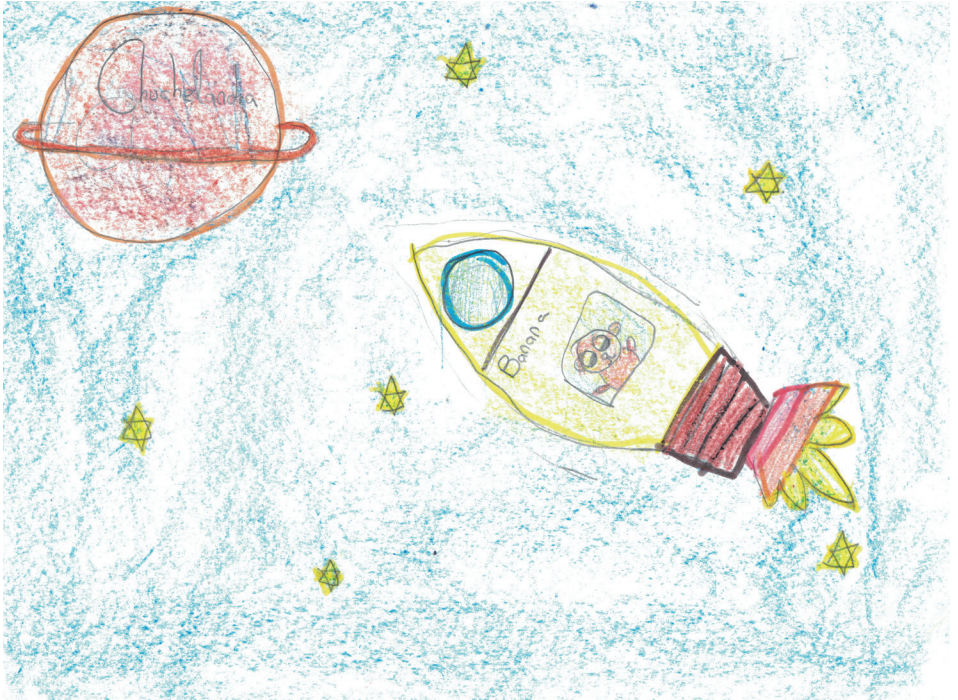
1. *Final 1:* Los peluches de animales reales y los peluches de animales imaginarios estaban tan cansados, que cualquier cosa, hasta el más mínimo roce entre ellos o la más insignificante mirada de los compañeros de juegos, les sentaban mal. Comenzaron a pelearse, así que Neca y Neco decidieron marcharse de vuelta a casa en el coche rojo con sus peluches de animales reales y nunca más volvieron al Zoo. Claro, tuvieron que reprogramar el plan de salvamento de urgencia.

2. *Final 2:* Los peluches de animales reales y los peluches de animales imaginarios se lo habían pasado tan bien que no se despegaban los unos de los otros. Venga a abrazarse. Venga a darse besitos. Neca y Neco decidieron dejar a los peluches de animales reales en el Zoo con los peluches de animales imaginarios para siempre. A partir de entonces, el plan de salvamento de urgencia se activaba cada día, de forma que Neca y Neco pudieran visitar a sus amigos en el Zoo y pasar el mejor de los ratos.

3. *Final 3:* Los peluches de animales reales y los peluches de animales imaginarios habían disfrutado tantísimo que no querían

que la diversión acabara. Se les ocurrió que, haciendo un intercambio de casas, continuarían con la fiesta, y Neca y Neco, que no tenían nada en contra de una buena celebración, accedieron. El plan de salvamento de urgencia se activaba así cada semana, cuando el intercambio de casas tenía lugar y la diversión nunca se acostaba.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y el que no se levante se queda pegado.





El mono viajero

BINOMIO FANTÁSTICO

Planeta y mono

CENTRO ESCOLAR

Colegio Los Olivos

Érased una vez Banana, un monito astronauta muy curiosete que decidió emprender un viaje espacial en su cohete Rockete. Banana había seguido el programa de formación intensiva para monos astronautas en la Agencia Espacial Terrestre de Monos, que duraba nada más y nada menos que un día y medio, así que, ataviado con su traje espacial al completo, con un agujerito a medida de su cola, ibrrrr!, irrrmm!, ifium!, despegó.

“Hora 1. Ya puedo ver la tierra debajo de Rockete. No veo mi casa”.

“Hora 2. Ya no veo la tierra debajo de Rockete. Tampoco veo mi casa”.

El mono viajero

“Hora 3. Me como un plátano. Me aburro un poco”.

“Hora 4. Activo piloto automático. Me duermo una siesta”.

“Hora 5. Planeta con forma de coche en campo de visión. Me aproximo. Coches de carreras corren por sus anillos. ¡Menuda caña!”.

“Hora 7. Llevo dos horas viendo carreras de coches. Me han invitado a correr, pero se me ha olvidado el *rover* espacial. Tomo nota. Continúo viaje”.

“Hora 8. Oigo algo. El sonido procede de un planeta cuadrado con ocho satélites triangulares. Telescopio armado. Observo. Animales por todos lados. Parece que están de fiesta. Bajo a comprobar, por si acaso”.

“Hora 11. En efecto, estaban de fiesta loca, con bailes y karaokes. Estoy agotado de tanta exploración espacial. Me como la barrita de puchero. A dormir”.

“Hora 21. Caramba, Rockete me avisa de otro hallazgo. Solo he dormido 10 horas. ¡Buaaaa! Sí, es otro planeta. ¿O no? Anda, es un balón de fútbol. Espera. Rockete, dale una patada. ¡Pum! Hala, ya está. Vía libre”.

“Hora 22. Huelo algo. Algo muy rico. Algo muy azucarado. Algo muy... ¡Chuches! Rockete, ameriza en el océano de refresco de cola. Este sí que es un planeta. Voy, voy. Corto transmisión indefinidamente”.

“Hora 22.5. ¡Ay! ¡Qué dolor de tripaaaa! ¡Ay!”.

“Hora 23. ¡Ay! ¡Qué dolor de tripaaaa! ¡Ayyyy!”.

“Hora 24. Vuelta a casa. Tengo que buscar refuerzos para explorar Chuchelandia sin peligro. Volveré. Palabra de mono astronauta”.

Y colorín colorete por la chimenea salió un cohete.



**LA NOCHE
EUROPEA DE L@S
INVESTIGADOR@S**

MUJERES Y HOMBRES QUE HACEN CIENCIA PARA TI

umaeditorial 
Universidad de Málaga

 **Fundación
Unicaja**

